

El determinismo histórico

CARLOS PEREYRA

1. Para quienes asumen la posibilidad de una explicación científica de los acontecimientos históricos, queda planteado el problema de precisar el alcance y significado del supuesto de la determinación del proceso histórico, supuesto requerido por las exigencias de toda explicación científica. Sólo si se permanece en la posición, predominante en otra época pero hoy cada vez más desplazada, según la cual frente a la historia no cabe más tarea teórica que la de su descripción, o también si se continúa aferrado a los métodos "comprensivos" propios de las llamadas ciencias del espíritu o de la cultura, el problema de la determinación no aparece como tal. El abandono de los planos de la mera crónica o de la simple interpretación y el acceso a un nivel propiamente científico de explicación, supone comprometerse de alguna manera con la cuestión del carácter determinado del proceso histórico. "Abandonar el principio determinista mismo equivale a rehuir la empresa científica".¹

Explicar la ocurrencia de un acontecimiento significa establecer el conjunto de circunstancias necesarias y suficientes para su realización. Postular que el conjunto heterogéneo C_1 de circunstancias económicas políticas, ideológicas, etcétera, constituyó el complejo causal en virtud del cual se dio X acontecimiento, implica postular una pluralidad de enunciados generales (ya sea de estricta universalidad o simplemente probabilísticos) en los cuales se apoya la pretensión de dar cuenta de la ocurrencia de ese acontecimiento en virtud de la eficacia causal de C_1 . La explicación supone, pues, la afirmación de que C_1 determinó la realización de X ó, lo que es igual, dado C_1 X no podía haber sucedido de otra manera, ni podría haber dejado de suceder. Partimos, en consecuencia, de esta definición provisional del determinismo: "la convicción de que todo cuanto ocurre tiene una o varias causas, y no podía haber ocurrido de otro modo más que si algo, en la causa o las causas, hubiese sido asimismo distinto".²

¹ Ernest Nagel, "Determinism in history" en *Philosophical analysis and history* (Ed. W. H. Dray). Harper & Row, p. 382.

² E. H. Carr, *¿Qué es la historia?* Ed. Seix Barral, p. 125.

Como se reconoce con frecuencia, a) gran parte de la investigación historiográfica se agota en la labor descriptiva; permanece en el plano de la crónica. También se admite con facilidad que, b) los esquemas explicativos proporcionados por los historiadores especifican habitualmente sólo algunas de las condiciones en virtud de las cuales ocurrió el acontecimiento, y no están interesados en reseñar de manera exhaustiva, si la hay, el conjunto de circunstancias necesarias y suficientes. Respecto a la actitud teórica mencionada en a), no puede menos de lamentarse el ritmo lento con el cual se desvanece el empeño positivista de no rebasar el plano descriptivo. Así, no puede extrañar que en años recientes, alguien considere pertinente escribir: "su obligación profesional (de los historiadores) ha sido admirablemente enunciada por Ranke: no hacen más que describir los hechos del pasado *wie es eigentlich gewese ist!*"³

En referencia a la situación mencionada en b), no puede dudarse de la legitimidad de un esquema explicativo capaz de dar a conocer las conexiones causales esenciales y decisivas, aunque no agote el conjunto de las circunstancias prevalecientes en C_1 y no ilumine la totalidad de los aspectos secundarios e irrelevantes constitutivos de X . Es preciso examinar en cada caso la suficiencia del esquema explicativo propuesto, pero carece de sentido la exigencia de llevar la explicación más allá de un cierto grado, el cual —resulta obvio— no puede ser fijado de antemano, de una vez para siempre, para toda investigación historiográfica posible. En breve: la incorporación explícita del principio determinista es una exigencia de la empresa científica y ello no introduce ninguna inconsecuencia en el desarrollo de la investigación.

2. Si todo lo anterior es cierto, cabe preguntar por qué en ciertos contextos culturales, "determinismo" aparece como una "mala palabra" y ha terminado por adquirir un significado casi siempre peyorativo. El término "determinismo", como sucede con frecuencia con los vocablos filosóficos, tiene una significación multívoca. La defensa de tesis deterministas ha estado estrechamente asociada con extravagancias de diversa índole. Así, por ejemplo, en el campo semántico formado por discursos metafísicos u ontoteológicos, el vocablo "determinismo" aparece como equivalente a la noción de "fatalismo". El impacto de esos discursos ha sido tal que incluso en el lenguaje ordinario un término parece remitir al otro de manera inmediata. Vale la pena, pues, intentar establecer con toda nitidez la diferencia entre ambos. Esta diferencia puede ubicarse básicamente en la noción de "necesidad" presupuesta por el fatalismo y el determinismo respectivamente. Aquél sostiene una necesidad incondicional y éste afirma la necesidad de que ocurra X si se cumplen tales y cuales condiciones.

³ A. C. Danto, "Mere chronicle and history proper" en *The journal of philosophy*, Vol. L, No. 6, 12/mar/1953, p. 182.

El fatalismo mantiene la tesis de que la ocurrencia de los acontecimientos está predestinada. Lo predestinado tiene que ocurrir cualesquiera sean las circunstancias prevaletentes y sin importar lo que se haga para evitarlo. Las filosofías de la historia de inspiración teológica, en virtud del papel que asignan a la voluntad divina en el desarrollo del proceso, suelen proponer enfoques fatalistas. En resumen: para el fatalismo la secuencia de fenómenos históricos sucede con independencia de las condiciones imperantes y, además, por la intervención de una entidad suprahistórica. Para el determinismo, por el contrario, esa secuencia depende siempre de las condiciones imperantes y se rechaza la intervención de cualquier pretendida instancia exterior o ajena al propio proceso histórico. El determinismo es incompatible con la creencia de que algo ocurrirá inevitablemente, sean cuales fueren las circunstancias existentes. "El determinismo nunca debe ser identificado con la doctrina precientífica y primitiva del fatalismo. El fatalismo dice que a pesar de lo que hagamos, el resultado será el mismo. Por contraposición, el determinista dice que *si* hacemos tal y cual, *entonces* el efecto será éste y aquél".⁴

Muchas críticas al determinismo identifican a éste con el fatalismo porque ambos afirman la necesidad del proceso. Es claro, sin embargo, que se trata de nociones opuestas de "necesidad". La necesidad del fatalismo supone la arbitrariedad azarosa de lo incondicional y el sometimiento impotente al poder de una entidad inasible; mientras en el caso del determinismo se trata de una necesidad condicional: si y sólo si se cumplen ciertas condiciones ocurrirán ciertos resultados. Si no se pasa por alto esta diferencia radical, entonces se advertirá que la efectiva vinculación teórica se encuentra entre el fatalismo y ciertas posturas antagónicas al determinismo, por cuanto en ambas los acontecimientos ocurren en virtud de fuerzas imponderables e incondicionadas, ya sea Dios, el destino o la libre decisión humana.

3. Una segunda fuente de desprestigio para las tesis deterministas proviene de su asociación con ciertos enfoques que afirman la "inevitabilidad histórica". Se trata de enfoques según los cuales el proceso histórico avanza en una dirección fijada de antemano, porque se desarrolla conforme a pautas preestablecidas o siguiendo "leyes" inexorables. Estos enfoques suelen incluir la creencia teleológica en alguna "meta final" capaz de regir el curso de la historia, o la confianza en la eficacia absoluta de ciertas tendencias históricas. En ocasiones se atribuye al marxismo la defensa de esta forma peculiar de determinismo; tal es el caso, por ejemplo, de los textos panfletarios de K. R. Popper. Nada hay en el discurso teórico del marxismo que justifique esta apreciación equivocada, así se encuentren muchos textos de combate ideológico donde aparezcan ele-

⁴ Adolf Grünbaum, "Casualty and the science of human behavior" en *Readings in the philosophy of science* (Ed. Feigl & Brodbeck), p. 772.

mentos de tal naturaleza. Algún día será necesario examinar en qué medida las exigencias de la lucha ideológica obligan a planteamientos incapaces de resistir un análisis más riguroso.

En referencia a lo anterior, vale la pena citar un largo pasaje que Gramsci consagra a esas inclinaciones hacia la "inevitabilidad histórica" en la formación del marxismo. "El elemento determinista, fatalista, mecanicista, ha sido el 'aroma' ideológico inmediato de la filosofía de la praxis, una forma de religión y de excitante (pero a la manera de estupefacientes), que hacía necesario y justificaba históricamente el carácter 'subalterno' de capas sociales determinadas. Cuando no se tiene la iniciativa de la lucha y cuando la lucha termina por identificarse con una serie de derrotas, el determinismo mecánico llega a ser una formidable fuerza de resistencia moral, de cohesión, de perseverancia, paciente y obstinada. 'Soy vencido momentáneamente, pero a la larga la fuerza de las cosas trabaja para mí', etcétera. La voluntad individual se transforma en un acto de fe en cierta racionalidad histórica, en una forma empírica y primitiva de finalismo apasionado que aparece como un sustituto de la predestinación, de la providencia... he aquí la razón por la cual es necesario demostrar siempre la futilidad del determinismo mecánico que, explicable como filosofía ingenua de la masa, y únicamente en cuanto tal elemento intrínseco de fuerza, llega a ser, cuando es considerado como filosofía reflexiva y coherente de parte de los intelectuales, una fuente de pasividad y autosuficiencia imbecil".⁵

El tajante rechazo de Gramsci a ese finalismo ingenuo convencido de una pretendida racionalidad histórica supuestamente capaz de garantizar que el curso de la historia siga un curso "inevitable", no se aminora por el hecho de que el dirigente comunista italiano ubique los motivos sociales de esa creencia primitiva. Pueden multiplicarse los análisis marxistas encaminados a criticar esta forma de determinismo entendido como "inevitabilidad". Así, por ejemplo, en un párrafo escrito para desaprobar las tesis de quienes "se niegan a reconocer la realidad de la dialéctica como movimiento de contrarios que da siempre lugar a algo nuevo", Lukács señala: "la realidad que experimentan está subordinada a unas 'eternas leyes de bronce' que actúan de manera esquemática y mecanicista, y que —de acuerdo con su esencia— producen siempre lo mismo, y a las que el hombre está sometido, por una especie de fatalidad, como a las propias leyes de la naturaleza. De manera, pues, que basta con conocer estas leyes de una vez por todas para saber cómo habrá de ir evolucionando el destino del proletariado. Suponer que puedan presentarse situaciones nuevas, no sometidas a estas leyes, o situaciones cuya resolución dependa de la decisión del proletariado, es, para los revisionistas, muy poco científico. (La supervaloración de las grandes individualidades, de la ética,

⁵ A. Gramsci, *Oeuvres choisies*, Ed. Sociales, pp. 33/34.

etcétera, no es sino el complemento necesario de semejante concepción)".⁶

4. Nos referiremos a una última versión, conocida también con el membrete del "determinismo" que ha ganado justificado desprestigio para esta posición. Se trata del enfoque reduccionista según el cual una causa única es explicación suficiente de la compleja diversidad de acontecimientos históricos. En la historia del pensamiento, diversos factores han sido sucesivamente considerados como elementos definitivos para dar cuenta de la totalidad compleja de lo real. Es así que se ha podido hablar de determinismo geográfico, racial, biológico, económico, psicológico, etcétera. A pesar de que debiera ser un dato obvio la interacción de los diversos componentes de la vida social, son muchas las teorías que han pretendido reducir la multiplicidad y complejidad causal a una clave simple. Estas teorías del "factor único" confunden la presencia de una condición necesaria con la eficacia de una determinación suficiente, por cuanto: 1) parten de la endeble teoría de los "factores" y 2) hipostasian un factor que aparece como causa exclusiva y absoluta.

Con mucha mayor frecuencia que en el caso anterior se le atribuye al marxismo sostener esta modalidad del determinismo. Sin duda, numerosos pasajes de Marx y Engels aisladamente considerados y, en mayor medida, textos y manuales de divulgación dan pie a esta acusación. Recuérdese el reconocimiento de Engels: "Que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones".⁷ En cualquier caso, como lo señala el propio Engels en ese mismo documento, al puntualizar el carácter determinante sólo en "última instancia" de la estructura económica: "Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que eso. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda".⁸

Se podría editar un grueso volumen recogiendo la monótona y vulgar cantilena, verdadero "caballo de batalla" de los críticos del marxismo, según la cual esta teoría no es sino la forma más acabada del determinismo económico. A la vez, se podría editar una antología de varios volúmenes con textos de autores marxistas rechazando esa forma de reduccionismo: el economicismo. Los primeros, inmersos en las formas más elementales y lamentables de la pugna ideológica no han considerado

⁶ G. Lukács, *Lenin (la coherencia de su pensamiento)* Ed. Grijalbo, pp. 80/81.

⁷ F. Engels, Carta a J. Bloch, 21/sep/1890.

⁸ *Ibid.*

pertinente siquiera seguir con atención el desarrollo de la corriente teórica decisiva de nuestra época.

5. Así pues, la defensa del determinismo que llamaremos científico no tiene nada que ver con el fatalismo, la doctrina de la inevitabilidad histórica o el reduccionismo. Despejados los equívocos a que da lugar la caracterización del determinismo en virtud de la multivocidad del vocablo, partiremos de la siguiente definición del "determinismo": "es aquella teoría ontológica cuyos componentes necesarios y suficientes son: el principio genético o principio de productividad, según el cual nada puede surgir de la nada ni convertirse en nada; y el principio de legalidad, según el cual nada sucede en forma incondicional ni completamente irregular, o sea, de modo ilegal o arbitrario".⁹ Puede formularse esto mismo, tal vez de manera más clara, señalando que el principio de determinación establece que: a) los acontecimientos históricos ocurren siempre en forma definida o determinada; b) el desarrollo del proceso no es arbitrario sino legal, y c) las formas a través de las cuales los acontecimientos adquieren sus características específicas dependen de condiciones pre-existentes.

Como se advierte, sostener el principio ontológico de la determinación histórica equivale a la aseveración de que: a) para todo acontecimiento existen condiciones suficientes de su realización, sin importar cuan complejas y diferenciadas sean las causas que intervinieron en su producción, y b) para todo acontecimiento existen condiciones tales que, dadas éstas, ninguna otra cosa podría haber ocurrido. Llegados a este punto, vale la pena examinar los verdaderos problemas que ofrece el determinismo entendido en este sentido estricto. Abordaremos tres cuestiones esenciales en torno a las cuales gira la mayor parte de la discusión suscitada por el principio ontológico de la determinación: a) la intervención del azar en la historia; b) la eficacia de la práctica social en la producción de los hechos históricos y, por último, c) la responsabilidad política de los agentes históricos.

6. Con independencia de las tesis que se asuman en lo concerniente a los acontecimientos naturales, hay una marcada tendencia dispuesta a conceder la presencia de lo fortuito en el devenir histórico, partiendo del supuesto, obviamente, según el cual lo que ocurre "por casualidad" no puede ser considerado como un acontecimiento necesario o determinado. Aquí sostendremos que en los planteamientos que aceptan la intervención del azar en la historia, se confunden tres cuestiones que debieran ser cla-

⁹ M. Bunge, *Causalidad. El principio de causalidad en la ciencia moderna*. Eudeba, p. 37.

ramente diferenciadas: lo imprevisible en un nivel dado de conocimiento, lo intrínsecamente imprevisible y lo indeterminado o fortuito.

Empecemos por el eslabón más sencillo: nadie puede poner en duda que una gran cantidad de acontecimientos históricos ocurren de manera "sorpresa". El elemento de sorpresa proviene de que con la información siempre limitada e insuficiente a disposición del investigador que sigue el curso de los acontecimientos, en este proceso aparecen hechos imprevisos que se muestran como "casuales" sin que, por supuesto, tal casualidad sea efectiva. El carácter determinado de tales acontecimientos "casuales" se vuelve notorio cuando ulteriores investigaciones apoyadas en una información más amplia descubren las conexiones causales pertinentes. "Es práctica corriente entre los historiadores serios apuntar que algo que hasta la fecha se había tratado como elemento accidental no lo era en absoluto".¹⁰ La gran mayoría de los acontecimientos que en un momento dado se consideran "fortuitos" no son más que acontecimientos imprevisibles en el nivel existente de conocimientos.

Ahora bien, hay una multiplicidad de sucesos, considerados también con frecuencia como producto del azar, de los cuales no podría decirse que su imprevisibilidad obedece simplemente a la insuficiencia del conocimiento. Se trata de esos conocimientos cuya ocurrencia resulta del entrecruzamiento de series causales independientes. Plejanov se refiere a esta circunstancia en los siguientes términos: "La casualidad es algo relativo. No aparece más que en el punto de intersección de los procesos necesarios".¹¹ El revolucionario ruso ofrece un ejemplo al respecto: la muerte de Mirabeau obedeció a procesos patológicos perfectamente determinados, pero la necesidad de estos procesos patológicos no emaraba, ni mucho menos, del curso general del desarrollo de Francia. En referencia a la historia francesa esos procesos patológicos son casuales. Ejemplos de este corte podrían reproducirse indefinidamente. Un acontecimiento perteneciente a una serie causal específica y, dentro de ella, enteramente determinado, incide en otras series causales sin que el punto de incidencia esté determinado.

Estamos frente a lo que anteriormente hemos denominado hechos intrínsecamente imprevisibles. Se pueden distinguir dos clases de hechos de este tipo: a) la incidencia de fenómenos naturales exteriores a la propia dinámica del proceso histórico, tales como la muerte de un dirigente político, la presencia de ciertos recursos naturales, un terremoto, etcétera. Son fenómenos determinados cuyas condiciones de ocurrencia son conocidas (o pueden serlo) por la patología, la geología, etcétera, pero que desde el punto de vista del desarrollo histórico aparecen como casuales; b) la incidencia de fenómenos sociales en el conjunto del sistema social. Se pueden determinar las condiciones en virtud de las cuales ocurre, por

¹⁰ E. H. Carr, *Ibid.*, p. 137.

¹¹ J. Plejanov, *El papel del individuo en la historia*. Ed. Intermundo, p. 51.

ejemplo, una devaluación monetaria. Asimismo, se pueden determinar las condiciones por las cuales el Estado pierde base social de apoyo. Nada, sin embargo, en la lógica económica o política de un país determina que una devaluación monetaria coincida con tal o cual momento de las relaciones entre el Estado y las clases sociales. El punto de encuentro de ambas lógicas es intrínsecamente imprevisible. La contingencia indeterminada y, por ende, la radical y originaria imprevisibilidad se refiere, sin embargo, solamente al punto de encuentro entre ambas cadenas de determinación. Pero ello no significa que el acontecimiento mismo sea indeterminado y, además, es un error identificar el significado de "determinismo" con la posibilidad de predecir. No es posible identificar el significado de los vocablos "determinado" y "predictible".

Si la historia de una formación social es el proceso de un sistema, las entidades y relaciones componentes de este sistema se encuentran conectadas entre sí. Esto obliga a pensar en un tipo de causalidad estructural o dialéctica distinto a la causalidad lineal presupuesta por todos los partidarios del modelo nomológico-deductivo. La primera se opone a la segunda porque "ésta afirma una regularidad del siguiente tipo: en todos los casos en que un acontecimiento C ocurra en un cierto lugar y tiempo, un acontecimiento E ocurrirá en un lugar y tiempo relacionados con los primeros. Es evidente que en la historia no puede afirmarse una regularidad de este tipo que conduciría a simples trivialidades, porque la ocurrencia de un acontecimiento X en un sistema dado, que produce Y resultados, no implica en manera alguna que la ocurrencia de ese mismo acontecimiento en otro sistema, estructurado de manera diferente, produzca resultados semejantes",¹² es decir, "bajo condiciones modificadas la conexión entre C y E puede alterarse".¹³

La mayoría si no la totalidad de los enunciados generales en que se apoya la explicación científica de los hechos sociohistóricos tiene carácter probabilístico y, en virtud de ello, la ciencia de la historia rara vez puede predecir la realización de un hecho específico. Se puede distinguir un determinismo absoluto según el cual en ciertas condiciones dadas un acontecimiento ocurrirá en todos los casos, y un determinismo probabilístico según el cual en ciertas condiciones dadas un acontecimiento ocurrirá en X número de casos. A veces se cree equivocadamente que la aceptación de que en la ciencia de la historia sólo opera el determinismo probabilístico equivale a admitir la intervención del azar. La cuestión, en verdad, es bien diferente. En disciplinas donde se puede examinar un objeto en condiciones de perfecto control y aislamiento, por ejemplo, en condiciones de laboratorio, hay lugar para el determinismo absoluto. Pero cuando se afirma que en las condiciones A, B, C, probablemente ocurrirá X, no se está aceptando que tal vez, por casualidad, puede ocu-

¹² C. Pereyra, "Marxismo e historia" en *Teoría* No. 1, UNAM, p. 60.

¹³ M. Bunge, *Ibid*, p. 227.

rrir Y, sino que se afirma la probabilidad de X sin eliminar la posibilidad de que si las condiciones A, B, C se cruzan con D, o con E, pueda entonces ocurrir Y o Z. La contingencia de esta intersección, lejos de favorecer enfoques indeterministas, simplemente muestra el carácter “sobre-determinado” de los hechos sociohistóricos.

7. La objeción fundamental al determinismo histórico proviene, sin embargo, de otro orden de ideas. Si se está dispuesto a aceptar la “rígida determinación” de los acontecimientos naturales, se considera —en cambio— que en la realización de los hechos sociales los hombres intervienen decisivamente, por lo que dependen de su actividad consciente y organizada, de su decisión, voluntad, intencionalidad, etcétera. Si el principio ontológico de la determinación histórica fuera incompatible con el dato elemental y evidente de que la práctica social interviene de manera decisiva en la ocurrencia de los hechos históricos, se trataría sin la menor duda de un principio falso. En efecto, es obvio que, para decirlo con la multicuada frase de Marx, “los hombres hacen su propia historia”. Lo que aquí intentaremos desarrollar, pues, es la tesis siguiente: el determinismo histórico no es incompatible con el reconocimiento de la actividad humana en la producción de los hechos sociales. Todo se juega, en consecuencia, en torno a esa equívoca e imprecisa expresión: “hacer la historia”.

Tomaremos como punto de partida una serie de aseveraciones de Lukács: “según Lenin, el grupo de los revolucionarios profesionales no ha tenido un solo momento la visión de ‘hacer’ la revolución o arrastrar tras de sí, gracias a su acción independiente y valerosa, a la masa inerte, poniéndola frente al *fait accompli* de la revolución... es evidente que ni siquiera el mejor y más grande partido del mundo puede ‘hacer’ la revolución... al plantear la revolución como algo que hay que ‘hacer’ se está, en realidad, separando de manera rígida y muy poco dialéctica la necesidad del desarrollo histórico y la actividad del partido militante. En este nivel, en el que ‘hacer’ la revolución es algo así como sacarla por arte de magia a partir de la nada, no podemos menos de adoptar una actitud totalmente negativa”.¹⁴ Aunque estas afirmaciones se refieren, particularmente, a la cuestión decisiva de nuestra época, el partido como instrumento de la revolución anticapitalista, sus implicaciones teóricas profundas abarcan cualquier pretendido sujeto capaz de “hacer” la historia. En las páginas de las que hemos extraído estas afirmaciones, Lukács se opone justificadamente a esa concepción simplista que imagina la conciencia de clase del proletariado como un producto directo de su situación de clase, que no ve en la revolución sino el resultado inmediato de fuerzas económicas inexorables. Asimismo, Lukács subraya atinadamente

¹⁴ G. Lukács, *Ibid.*, pp. 36 y ss.

el papel insustituible del partido en el esclarecimiento de los objetivos de clase, en la maduración de las tendencias que conducen a la revolución, en la organización ideológica, táctica, material y organizativa del proletariado, etcétera.

Si la actividad del partido es indispensable para que se produzca la revolución, ¿por qué no aceptar que el partido "hace" la revolución? Se puede encontrar en el texto de Lukács una doble respuesta: "el partido, cuya función es preparar la revolución, es a un tiempo y con igual intensidad productor y producto, supuesto y fruto de los movimientos revolucionarios de masas... son los hombres quienes crean su partido, pero es siempre el ser social de la clase, la conciencia de clase que emana de él, lo que determina el contenido y sentido de sus acciones".¹⁵ En otras palabras: los hombres actúan de cierta manera, elaboran programas de acción, confieren a su actividad política una dirección dada. El problema es: ¿por qué actúan de esa manera y no de otra?, ¿por qué elaboran esos programas y no otros diferentes?, ¿por qué eligen esa dirección y no otra distinta? La respuesta a estas preguntas no tiene nada que ver con la libre e indeterminada decisión de los hombres, sino con el ser social, con el conjunto de las relaciones sociales establecidas. Es muy poco lo que se conoce respecto a los mecanismos ideológicos a través de los cuales se determinan las posiciones de las fuerzas políticas, la influencia de las tradiciones culturales, las formas de combinación de la herencia política en cada país, el modo como repercute en la elaboración de un programa la presencia de instituciones diversas, la variedad en el comportamiento de los adversarios, etcétera, pero nada autoriza a suponer que tales determinaciones no existen.

Resulta muy útil recordar la recomendación de Plejanov y "comprender que entre el sujeto, por un lado, y el objeto, por otro, no existe en realidad el abismo que suponen los dualistas".¹⁶ Es cierto que el proceso histórico se realiza a partir de circunstancias dadas en virtud de la práctica social, pero suponer que estas circunstancias están determinadas y, en cambio, la práctica social es "libre" e indeterminada, significa conceder demasiado a un endeble criterio dualista cuya validez dista mucho de ser evidente de suyo. En verdad, la machacona y confusa insistencia en la dicotomía entre condiciones objetivas y condiciones subjetivas o, lo que es igual, entre factores objetivos y factores subjetivos, acentúa la debilidad teórica del dualismo. "Siempre que se utiliza esta pareja terminológica ("condiciones objetivas/condiciones subjetivas") ella sirve para distinguir de un lado condiciones económicas y sociales, es decir, grado de explotación, miseria, desempleo, desnutrición, analfabetismo, etcétera, y por otro lado, condiciones ideológicas y políticas, o sea, grado de conciencia, organización, elaboración de una línea política, etcé-

¹⁵ *Ibid*, pp. 56 y ss.

¹⁶ J. Plejanov, *Ibid*, p. 17.

tera. Debiera ser obvio que ambos lados constituyen formas diferentes de las condiciones objetivas, porque no es cierto que las primeras dependan de la dinámica de la cosa misma y las segundas de una aleatoria intervención humana. Tanto unas como otras dependen del modo de desarrollo de las relaciones sociales. Tanto unas como otras dependen durante un amplio período histórico de las modalidades adquiridas por la lucha de clases".¹⁷

Todo sucede como si las condiciones "subjetivas" lo fueran porque en ellas intervienen "sujetos" humanos, mientras las condiciones "objetivas" refirieran a cosas o a quién sabe qué entidades no "humanas". Esto es simplemente un absurdo. En consecuencia, no puede extrañar que de esta premisa absurda se deriven planteamientos igualmente absurdos. "En Cuba, escribe un revolucionario norteamericano, la transformación del equilibrio de fuerzas a favor del bando progresivo por la iniciativa de un pequeño grupo de revolucionarios conscientes demuestra dramáticamente lo decisivo que puede ser el factor subjetivo para hacer la historia".¹⁸ Desgraciadamente, este simplista y equivocado planteamiento no es excepcional; por el contrario, toda una corriente política con presencia en escala continental partió del mismo esquema subjetivista. Por esta vía no se puede avanzar un solo paso en la explicación de la Revolución cubana y, lo más grave, con un elevado costo social se probó una y otra vez que la iniciativa heroica de un pequeño grupo ("el factor subjetivo") no "hace" la historia.

No cabe duda de que el Movimiento 26 de Julio introdujo en la sociedad cubana elementos morales, psicológicos y políticos modificatorios de las relaciones sociales en Cuba que permitieron el derrocamiento de la dictadura. Este dato incuestionable no prueba nada, sin embargo, respecto a un hipotético "factor subjetivo" desvinculado del conjunto de la objetividad social. La creencia de que el "factor subjetivo" es algo desligado de la objetividad social, explica en buena medida la tendencia siempre infructuosa a copiar procedimientos que, en condiciones diferentes, por supuesto carecen de eficacia. En vez de pretender derivar enseñanzas sobre el supuesto papel del "actor subjetivo" para "hacer" la historia, habría que investigar qué condiciones determinaron tanto la emergencia como la eficacia de ciertas formas de la práctica política.

Al rechazar el criterio dualista o el enfoque subjetivista, no se trata —en oposición a quienes sobrevaloran el "factor subjetivo"— de ignorar la intervención de la actividad de los agentes históricos. De lo que se trata, simplemente, es de reconocer que no estamos frente a una intervención libre e indeterminada. Recordemos el conocido párrafo de Marx en *El dieciocho brumario*: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mis-

¹⁷ C. Pereyra, "El sujeto de la historia" en *Dialéctica* No. 1, UAP, p. 88.

¹⁸ G. Novack, *Para comprender la historia*. Ed. Pluma, p. 93.

mos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado". La lectura habitual de este párrafo suele reducirse a lo siguiente: las circunstancias existentes impiden la absoluta indeterminación de las posibilidades que se ofrecen a los hombres para hacer la historia, pero dentro del campo de posibilidades delimitado por las circunstancias existentes los hombres hacen la historia a su libre arbitrio. Nuevamente el enfoque dualista: circunstancias determinantes, por un lado, y el "factor subjetivo" como algo separado de esas circunstancias.

Lo que el determinismo histórico plantea es que las circunstancias existentes no sólo determinan quiénes son las fuerzas sociales antagónicas, sino también las formas de desarrollo de las fuerzas políticas así como el tipo de actividad que éstas realizan. No es un conjunto restringido de circunstancias el que determina los diversos aspectos. Las relaciones de producción, por ejemplo, determinan quiénes son las fuerzas sociales en pugna, un complejo de elementos económicos, políticos e ideológicos determina el desarrollo de las fuerzas políticas y factores teóricos e ideológicos deciden las formas de su actividad, pero en ningún caso se encuentran aspectos indeterminados. El determinismo histórico no niega el papel de la intencionalidad, la decisión y la voluntad en los hechos sociales; simplemente rechaza el supuesto metafísico de una abstracta e indeterminada voluntad pura.

En el transcurso del proceso histórico, las líneas de desarrollo dependen de las posiciones adoptadas por los agentes históricos y, particularmente, por sus direcciones políticas. De la manera como se caracterice una coyuntura, del programa alternativo que se elabore frente a ésta, de las orientaciones, objetivos y consignas que se postulen, etcétera, depende en buena medida el curso del proceso. La tesis determinista no olvida esto, pero se esfuerza por aclarar que esas decisiones nunca resultan de una metafísica voluntad libre e indeterminada y que, por el contrario, su razón de ser se encuentra en la objetividad social, donde habrá que buscar tanto en el contexto cultural e ideológico como en el marco económico y político las condiciones de su realización.

8. En la endeble argumentación contra el determinismo histórico formulada por Berlin, se esboza una objeción según la cual aquél cancela la posibilidad de acusar o defender a las figuras históricas por actuar como actuaron. "Determinar diferentes grados en su responsabilidad, atribuirles determinadas consecuencias a sus decisiones libres, ponerles como buenos o malos ejemplos e intentar sacar de sus vidas algo que nos enseña, se convierte en algo que carece de sentido".¹⁹ No es necesario asumir, como en el caso de Berlin, una anacrónica postura moralista para

¹⁹ I. Berlin, *Libertad y necesidad en la historia*. Revista de Occidente, p. 83.

plantear en referencia al determinismo el problema de qué sentido atribuir a la responsabilidad (no moral pero sí política) de los agentes históricos. La cuestión de la responsabilidad remite a la idea de un tribunal capaz de juzgar sobre la "culpabilidad" de los agentes históricos. En efecto, el determinismo histórico rechaza la posibilidad de tal tribunal.

Este rechazo podrá ser lamentado desde la perspectiva de la lucha ideológica, pero no afecta ni al proyecto de explicación científica de la historia ni a quienes se interesan por realizar una práctica política. Encontrar, por ejemplo, en tal o cual dirección política al "responsable culpable" de la marcha de los acontecimientos, no significa avanzar ni un paso en la tarea de explicar esa marcha. Por el contrario, significa obstaculizar el examen de las condiciones que determinaron ese comportamiento de la dirección política. Tampoco significa contribuir al desarrollo de una práctica política más justa y adecuada, porque el hallazgo de un "responsable culpable", lejos de permitir una actividad modificatoria de esas condiciones determinantes, conduce a la estéril labor de fijar mimbres. De esta manera, cuando se cree "comprender" una situación atribuyéndola al "reformismo", "revisiónismo", "dogmatismo", "sectarismo", "oportunismo", "izquierdismo", etcétera, de los agentes históricos, ni se explica nada ni se contribuye a preparar una práctica política justa.

Citemos un largo pasaje de Lukács, donde el revolucionario húngaro se refiere a ciertas tareas posteriores a la primera guerra mundial: "Se trataba, ante todo, de probar... que la toma de posición de la socialdemocracia ante la guerra no había sido fruto de un extravío momentáneo, ni de cobardía, etcétera, sino la lógica consecuencia de su evolución anterior. Es decir, que esta forma de posición tenía que ser comprendida en el contexto general de la historia del movimiento obrero, que debía, en fin, ser analizada en relación con las antiguas 'divergencias de opinión' que operaban en la socialdemocracia (revisiónismo, etcétera). Este punto de vista, que a la luz del método marxista debería ser de todo punto evidente... no pudo ser fácilmente aceptado por el ala revolucionaria del movimiento obrero... es evidente, sin embargo, que toda condena del oportunismo y de su toma de posición ante la guerra que no lo conciba como una corriente —históricamente detectable— del movimiento obrero, valorando su actualidad como el fruto orgánicamente maduro de todo su pasado, es incapaz de elevarse a la más elemental altura de una discusión realmente marxista, y es incapaz también de extraer de dicha condena sus concretas consecuencias prácticas, necesarias en el momento de la acción, así como también tácticas, aplicables al terreno de la organización".²⁰

Un examen de los análisis históricos y de coyuntura elaborados por las diversas corrientes de izquierda, mostraría que el empeño por encontrar un "responsable culpable" les impide con más frecuencia de lo que

²⁰ G. Lukács, *Ibid*, pp. 78/80.

a primera vista se pudiera creer, "elevarse a la más elemental altura de una discusión realmente marxista".

9. Para concluir: dos consecuencias importantes se derivan de la aceptación del determinismo histórico. Una de carácter teórico: así se le admita como simple "idea regulativa", el principio de determinación es requisito indispensable para avanzar en la explicación científica del proceso histórico. Otra de carácter político: asumir el principio de determinación aleja de la tentación ideológica de creer que las modalidades adoptadas por el desarrollo histórico resultan de la acción de "responsables culpables" y permite orientar la práctica política en función de las condiciones que originaron una dirección incorrecta o inadecuada. Finalmente, el determinismo histórico es la única postura compatible con una tesis básica: "la historia es hecha por el ser social, que es su 'factor' único. El ser social crea él mismo sus relaciones, es decir, las relaciones sociales".²¹

²¹ J. Plejanov, *Ibid*, p. 73.